

### LECCION XXXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.  
(SIGLOS IX Y X).

La Iglesia atacada: cisma de Focio. — Defendida: concilio general de Constantinopla. — Propagada: conversion de los rusos y los normandos. — Afligida por grandes escándalos. — Consolada por grandes virtudes: víctimas expiatorias; fundacion de la célebre abadía de Cluny.

Al paso que la Iglesia echaba el resto con tal éxito y eficacia para comunicar á los pueblos del Norte el beneficio del Evangelio junto con el de la civilizacion y demás subsiguientes, el demonio redoblabá sus esfuerzos para tiranizar otra vez y sumir en el error á los pueblos del Oriente; cosa que por desgracia consiguió de sobras. Acercábase el tiempo en que ese Oriente, perpetuo altercador en materias de fe é incansable fautor de herejías, debia perder quizás ¡ay! para siempre la preciosa lumbrera de la verdad católica, de la que no supo aprovecharse. Así como el pueblo judaico, imágen de la Iglesia, vió segregarse sus tribus á consecuencia de un funesto cisma, también la Iglesia católica debió ver realizarse en ella esta tremenda figura: el Oriente iba á verse separado del Occidente, y á rasgar la túnica inconsútil de la Esposa de Jesucristo, aquella vestidura nupcial orlada de varios colores, símbolo de los pueblos diversos que habia de reunir en su materno seno.

Focio, primer causante de tan aciago cisma, era un sujeto poderoso de la corte bizantina, que á favor de intrigas y maquinaciones logró lanzar de la ciudad á su patriarca san Ignacio, y aunque no era mas que un simple lego, apoderarse de su silla, llevando el descaro hasta escribir á Nicolao I, participándole su eleccion. Como mañoso nada olvidó para disponer al Papa á favor suyo, pues mintiendo modestia decia que su promocion á tan elevado puesto habia sido muy contra su voluntad, que lo habia resistido en gran manera, y que solo habia cedido á la fuerza, recibiendo la imposicion de ma-

nos sumido en un mar de lágrimas. «En cuanto á Ignacio, decia en «conclusion, se ha retirado de plena voluntad á un monasterio, para «acabar allí sus dias en plácido reposo, habiéndole obligado á ello su «mucha edad y sus dolencias.»

Entre tanto Ignacio gemia en un calabozo nauseabundo, sujeto al trato mas intolerable. El Papa, no sabiendo por conducto de Ignacio ni de sus amigos nada de lo que pasaba, pues sus adversarios tenian buen cuidado de interceptar las comunicaciones, poniéndose en guardia suspendió todo juicio sobre la eleccion de Focio, hasta preceder un maduro exámen; pero al fin resplandeció la verdad. Ignacio encuentra medio de informar al Pontífice de lo acaecido en Constantinopla, y al punto el Papa declara nula la eleccion de Focio, reconociendo á Ignacio por el único y legítimo patriarca, dando parte de su resolucion al Emperador. Exasperado el intruso, sin poner ya diques á su enojo, atacó de frente á la Iglesia romana, echándole en cara ciertos puntos de disciplina que él mismo hasta entonces habia respetado cual legítimos é irreprehensibles; la virulencia de sus palabras embraveció á sus parciales, y esta impía ojeriza, germinando por mucho tiempo cual semilla oculta en la tierra, produjo mas adelante el funesto cisma que todavía dura y que tan caro ha costado á los griegos. El Emperador por su lado, á fin de poner coto á tamaño escándalo, juntó en palacio á todos los obispos hallados en Constantinopla, y en virtud de su decision, destituyó á Focio haciéndole encerrar en un monasterio, al paso que Ignacio era reinstalado en la silla patriarcal con toda solemnidad.

Con el fin de reparar el quebranto de la Iglesia, Su Santidad pidió al soberano temporal que reuniese un concilio, y el Emperador accediendo le rogó que al momento enviase sus legados, haciendo pasar circulares á todos los obispos del imperio. Túvose este concilio en Constantinopla el año 869, con asistencia de ciento dos obispos, siendo el octavo general, y en él se condenó y anatematizó á Focio, reconociéndose la primacia de la Iglesia romana, y se formularon dos epístolas, una para el Papa en demanda de que confirmase con su autoridad los decretos del concilio haciendo que fuesen admitidos por todas las iglesias de Occidente, y otra enderezada al comun de los fieles para que se sometieran á los mismos decretos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase Fleury, lib. LI y LIII.

Así quedó cicatrizada la profunda llaga que la ambición de Focio causó á la Iglesia: no era esta empero la primera vez en que la divina Esposa de Jesucristo servía de blanco á los ataques del cisma y de la herejía; sin embargo la rabia del infierno no prevalecerá contra ella, pues así como el hacha de los Nerones y Dioclecianos no la impidió establecerse, el sofisma y la herejía nunca alcanzarán á derribarla, y habiendo triunfado siempre de las sectas pasadas, su victoria es una prenda de los triunfos que aun la esperan. Con decir que venció á todas las herejías, no entendemos conceder que éstas le arrebatasen alguna vez parte de las verdades que recibió en depósito, bastando considerar que su Símbolo es el mismo ahora que antiguamente, y en vano se buscará en él una tilde de diferencia. Mas todavía: los grandes caracteres que han de hacerla reconocer al universo como única y legítima Esposa del Hombre-Dios, brillan actualmente con el mismo resplandor que antes; vamos á demostrarlo en pocas palabras. Cualesquiera que fuesen las creces de la herejía, la Iglesia nunca dejó de ser *católica* ó universal, pues ya hemos visto repetidamente que cuando perdía por un lado, ganaba por otro; nunca tampoco dejó de ser *apostólica*, esto es, de remontarse por una serie visible y no interrumpida de pastores hasta san Pedro, á quien Jesucristo mismo constituyó jefe del apostolado; al paso que cualquier secta ofrece siempre roto algun eslabon de esta cadena, no pasando de su caudillo ó autor, el cual antes de segregarse debió ser educado en la Iglesia, y cuya segregacion fué estrepitosa, datando de una época cierta y conocida. Aun los paganos miraban á la Iglesia romana como el comun tronco de las demás sociedades disidentes, cual árbol siempre vivo que permanecía siendo íntegro á pesar de la separacion de sus ramas, titulándola con su nombre verdadero é incommunicable de *grande Iglesia*, é *Iglesia católica*, y por el contrario las sectas heréticas y divergentes han conservado el nombre de sus jefes como padrón de novedad y estigma ignominioso impreso en su misma frente.

Conforme venció á las persecuciones y herejías, la Iglesia triunfó tambien de los escándalos; tercera prueba por la que habia de pasar. Conforme ya hemos visto, y veremos luego con mas evidencia, triunfó de los escándalos en cuanto su moral nunca ha dejado de ser santa, vedando toda especie de mal, proscribiéndolo hasta en sus ministros, condenando antes las mismas cosas que ahora, y engendrando sin cesar insignes Santos que han atajado como récios diques

el torrente de la iniquidad, demostrando en todos los siglos por milagros auténticos su santidad inalterable <sup>1</sup>.

Volvamos ahora á las conquistas de la Iglesia. Mientras gemía sobre la intrusion escandalosa de Focio en la silla de Constantinopla, por el Norte recibía grandes motivos de consuelo. Acababa de asomar en las márgenes del Boristenes, hácia el confín septentrional de Europa, una nacion terrible, feroz, impía, sumida en las tinieblas mas densas de la idolatría: esta nacion era la de los rusos, gente diseminada por selvas y campos, mudando con frecuencia de morada como solian hacerlo los pueblos nómadas, y como todavia hacen los tártaros <sup>2</sup>.

Para templar su fiereza y evitar que invadiesen las provincias, el emperador Balisio les envió varios regalos, yendo allá entre los embajadores un virtuoso obispo ordenado por san Ignacio, el combatido patriarca de Constantinopla que acababa de volver á su puesto. ¿Quereis civilizar á los pueblos salvajes ó bárbaros? Enviadles obispos.

Apenas llegado, el santo misionero obró un milagro que hizo fecundas sus instrucciones. El jefe de los rusos convocó á su pueblo para determinar si dejarían su antigua religion, y estando en medio de los ancianos que componian su Consejo y que eran los mas apegados á la idolatría, hizo llamar al obispo y le preguntó cuál era la doctrina que venia pregonando: el misionero les enseñó el libro de los Evangelios, y les refirió varios milagros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, entre los cuales el que mas chocó á la asamblea fué el de los tres mancebos ilesos en el honor. — Si nos haces ver, dijeron, alguna maravilla por el estilo, creerémos que nos enseñas la verdad. — No es lícito tentar á Dios, respondió el obispo: no obstante, si estais determinados á reconocer su pujanza, pedid lo que deseais, y seguramente él os lo concederá por indignos que nosotros seamos. Los rusos pidieron que se echase á una hoguera, que de intento encendieron, el libro que tenia en las manos, prometiendo si salía ileso hacerse todos cristianos. El obispo, alzando manos y ojos al cielo, hizo esta deprecacion: «Señor mio Jesús, glorificad vuestro santo nombre en presencia de este pueblo.» Echaron, pues, el libro en un horno encendido, dejándole en él por lar-

<sup>1</sup> Véase *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 176.

<sup>2</sup> Tal es el significado de la palabra *Ruso*.

go rato, y cuando apagaron el fuego hallaron el libro entero y sin lesion, ni siquiera en los cantos ni en los broches. A vista de tal milagro, suspensos los bárbaros pidieron á voces el Bautismo, y lo recibieron con efusion <sup>1</sup>.

Dios ha reproducido de siglo en siglo y repite aun hoy dia los milagros que señalaron el establecimiento del Cristianismo; su brazo no se ha acortado, y cuando envia misioneros á un nuevo pueblo, opera en favor suyo los mismos prodigios que acompañaron á la predicacion de los Apóstoles <sup>2</sup>. Realizóse la conversion de los rusos el año 851, y esta gloriosa conquista cierra dignamente el siglo ix.

El x nos presenta otra menos lisonjera y adecuada para convenenos de que aun en aquellos siglos llamados bárbaros la Iglesia rebosaba vigor y lozania, sin dejar de dar curso á la obra de la civilizacion del mundo y de prohiar numerosa prole para su divino Esposo. Un siglo hacia que los normandos asolaban las provincias mas ricas de Europa: eran los normandos, ó sea *hombres del Norte*, unos bárbaros idólatras, que en sus barquichuelos de velas y remos bajaban de Dinamarca, Noruega y demás países limítrofes á hacer, doquiera podian, buena presa de efectos y esclavos. En Francia penetraron por las bocas del Sena y el Loira, saqueando á Ruan y Nantes, invadiendo gran número de monasterios, asolando vastos territorios, y concluidas sus fechorías habíanse amparado otra vez en sus buques cargados de despojos cuantiosos. Casi cada año llegaban nuevas flotas tripuladas por estos bárbaros, á quienes era imposible resistir, de modo que reinaba un espanto general.

El año de 859 descenden en mayor número, y habiendo entrado por el embocadero del Rhin, dan saco á la ciudad de Amiens y sus contornos, pasándolo todo á fuego y sangre, mientras otra seccion, rodeando la España, penetra por el Ródano y avanza hasta Valence, atropellándolo todo en su paso; é internándose luego en Italia, no perdona tampoco á sus ciudades. La Alemania y la Inglaterra estaban cubiertas de ruinas causadas por esas gentes; y dos años despues formóse un establecimiento fijo de ellas, hácia la vía del Sena, desde donde hacian acometidas contra París, cuyos arrabales incendiaron en mucha parte.

<sup>1</sup> Fleury, lib. LII.

<sup>2</sup> *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 267.

La Religion debia poner fin á este prolongado azote de Europa, humanizando á aquellos feroces invasores. Decidido Carlos el Simple á sentar paces con Rollon, el mas arrojado de sus caudillos, le envió el arzobispo de Ruan, el cual habló así al bárbaro: «¿Quieres acaso, valeroso jefe, hacernos guerra toda la vida? ¿Ignoras que eres mortal, y que hay un Dios que te juzgará en la hora posteriora? Escucha: si abrazas el Cristianismo, el rey Carlos te cederá toda esa costa marítima y te dará por esposa su propia hija.» Rollon consultó á los magnates normandos, y aceptada la propuesta, cerróse el trato. El Rey cedió á Rollon todo el país llamado despues Normandía, y le dió su hija; Rollon por su lado prometió hacerse cristiano y vivir en paz con los franceses. Instruido en los misterios de la fe por el propio arzobispo, recibió las aguas de salud á principios del año 912.

Esta conversion, aunque al parecer motivada por la política, fué muy sincera, segun el tiempo acreditó, y la oferta hecha á Rollon vino á resultar un camino abierto por la Providencia para atraer á la fe á este jefe y á su pueblo. En efecto, el nuevo Duque, luego de bautizado, mandó instruir y bautizar á sus condes, caballeros y á toda la hueste, y en seguida se informó por el obispo de cuáles eran las iglesias mas veneradas de su nueva provincia. — «Las principales son, dijo el prelado, Nuestra Señora de Ruan, de Bayeux y de Jumièges. — Y en las provincias vecinas, repuso el Duque, ¿cuál es el Santo reputado por mas poderoso? — San Dionisio, contestó el arzobispo. — Bueno, exclamó el magnate, antes de partir mis tierras entre los caudillos de mi ejército, quiero dar una parte á Dios, á Maria santísima y á los Santos al objeto de atraerme su protección;» y obrando en consecuencia, dentro de la octava misma de su bautizo, vestido aun con el cándido ropaje, señaló cada dia una posesion á las siete iglesias dichas, siguiendo el mismo orden con que le fueron designadas, y el dia octavo, depuesto su traje bautismal, hizo la distribucion correspondiente á sus oficiales, y con grande aparato pasó á contraer su enlace con la hija del Rey de Francia. Tan afable y religioso despues de su conversion, como terrible pareciera antes de ella, dió pruebas de ser no solo un gran capitán, sino un sabio legislador, empleando lo que le faltaba de vida en dictar buenas leyes; y como los normandos hasta entonces habian sido muy dados al pillaje, publicó reglamentos severísimos

contra el robo, cuya eficacia fué tal, que nadie se atrevia á recoger siquiera lo que se hallaba perdido por los caminos. Hé aquí un ejemplo de esta verdad. En cierta partida de caza, el Duque colgó uno de sus brazaletes á las ramas de una encina bajo la cual se habia sentado á descansar, y al irse se le olvidó recogerlo. Pues bien; aquella presea estuvo allí tres años, sin que nadie osara tocarla, persuadido de que nada se ocultaba á las pesquisas ni á la severidad de Rollon. Su solo nombre causaba tal espanto, que bastaba invocarlo en cualquier trance para que el que lo oia corriese tras el malhechor: en tal manera cambiaron las costumbres de los normandos.

Al ver esto, cuantos vacilais sobre la eleccion de una religion, venid aquí é instruíos: ¿conoceis ninguna secta, religion ó escuela de filósofos que así domeñase y subordinase á una nacion las mas fiera y belicosa? ¡No! El milagro de la conversion de los normandos, cual la de todos los pueblos bárbaros, es una gloria exclusiva de la Iglesia católica. Ya, pues, que esta Iglesia civiliza á los pueblos, señal que su doctrina es buena, y si buena, señal que es verdadera, y si verdadera, señal que es divina. Ved si con igual justicia acomodais este raciocinio á cualquier otra creencia ó secta, y en el caso afirmativo consiento en que os hagais sectarios; mas si no es así, si conforme decís andais buscando de buena fe la verdad, ¿qué partido tomaréis? Consultad vuestra razon: á ella apelo.

¡Salve, verdadera Esposa del Hombre-Dios, heredera de sus palabras de vida! solo tú tienes la suficiente fuerza, no ya para curar las heridas que los bárbaros te infirieron, sino para transformar estos nuevos perseguidores en respetuosos y sumisos hijos tuyos! Hunos, vándalos, visigodos, normandos, fieras naciones que echásteis abajo el imperio romano, léjos de abatir á la Iglesia, vosotros fuisteis su noble conquista; esa augusta y cariñosa hija del cielo triunfó de vuestra barbarie é ignorancia, cual triunfara de la saña de los verdugos y de las mañas de los herejes, y este su timbre de gloria es á la par vuestra felicidad. ¡Ojalá dure tanto la gratitud de los hombres como durarán sus beneficios!

Tranquila ya en cuanto á los bárbaros, á quienes habia convertido, y á los herejes, á quienes habia estigmatizado, parece que la Iglesia debia empezar á disfrutar en calma de su triunfo laborioso; pero esto no puede ser: nuestra Madre, al igual que nosotros, está en el mundo para pelear, y el demonio destronado procura incesan-

temente recuperar su cetro. Otro enemigo, pues, surgió contra la Iglesia, y esta vez fué el escándalo.

Las invasiones de los bárbaros, las falsas máximas de la herejía, las guerras continuas que asolaban al mundo, habian acarreado en pos de sí la relajacion y el desórden, penetrando el mal hasta en el santuario y en los conventos, de manera que muchos hijos desapiados de la Iglesia, léjos de dar consuelo á esta cariñosísima Madre, desgarraban sus entrañas por medio de crímenes que causaban su propia vergüenza: mas, inútilmente se envanece el infierno; su triunfo acabará pronto, porque el Dios protector de la Religion no ha de abandonarla en tal estado, y la victoria quedará por ella. Ved ya á la Providencia suscitando egregios Santos que se opondrán como barrera insuperable al torrente de la iniquidad; los órdenes eclesiástico y monástico recobrarán su santidad primera, en Francia, en Alemania, en Italia y en Inglaterra<sup>1</sup>; y los pueblos cristianos, dignos otra vez del nombre que los enaltece, proporcionarán á la Iglesia nuevos y mas esplendentes siglos de gloria.

La Orden benedictina, que hacia cuatrocientos años estaba sembrando en Europa sus fundaciones y beneficios, decayó harto de su primitivo fervor; pero reservábase la gloria de reformarla á san Odon abad de Cluny, abadía célebre situada en el Maconés, y planteada en 910 por Guillermo el Pio duque de Aquitania, en la ocasion que vamos á referir. Algunos de sus oficiales habiendo pasado por el monasterio de la Balma, cerca de Lons-le-Saulnier en Borgoña, hoy Franco Condado, quedaron admirados de la vida edificante que se llevaba en aquella casa, y al volver hicieron á su señor tan aventajada pintura de ella, que le movieron á establecer bajo igual modelo otro monasterio en su señorío, confiando su gobierno á san Bernon, superior de la Balma. Llamóle, pues, á Cluny, y habiendo pasado á verle el Abad con otro religioso, recibiólos con agrado, y les dijo que escogieran en sus tierras el lugar que creyesen mas adecuado para la obra en proyecto. Los religiosos, entusiasmados por la bonita posicion que Cluny ocupaba, respondieron que aquel era el lugar mas á propósito.—«Dejaos de eso, respondió el Duque; aquí tengo mis traillas de caza.—Enhorabuena, respondió «graciosamente Bernon, no hay sino lanzar á los perros y dar en-

<sup>1</sup> ¡La España brilla aquí por su ausencia!.... (Nota del Cesor de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

«trada á los religiosos.» Avínose el Duque, y sobre la marcha mandó extender el acta de fundacion que todavía subsiste, y dice así: «Queriendo dar un santo empleo á los bienes que he merecido de Dios, creo bueno conciliarme la amistad de los pobres de Jesucristo y perpetuar esta buena obra fundando una comunidad. Así pues, por amor de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador doy mis «tierras de Cluny para que en ellas se funde un monasterio bajo la «advocacion de san Pedro y san Pablo, el cual sirva para siempre «de refugio á los que, saliendo pobres del siglo, deseen granjear en «el estado religioso los tesoros de la virtud.»

Cumplióse el intento del piadoso fundador: la nueva comunidad produjo beneficios inmensos, distinguiéndose por la regularidad de su disciplina; y de ella salieron papas insignes y santos obispos, los cuales realzaron el espíritu del Cristianismo en las diferentes diócesis de Francia.

Bajo el gobierno de san Odon, inmediato sucesor de san Bernon, Cluny llegó á conseguir el mas alto grado de esplendor. Para que se forme idea de la santidad de vida de sus religiosos, recordaremos algunas de sus prácticas. En primer lugar era notable el modo como preparaban el pan destinado para el sacrificio del altar: escogian al intento el mejor trigo, de grano en grano, lavándolo con escrupuloso cuidado; y hecho ésto lo guardaban en un costal que servia solo para tal objeto, y un mozo de confianza lo llevaba al molino, donde él mismo limpiaba las muelas, colgaba cortinillas al redor para guarecerlas del polvo, y revestido de alba se cubria el rostro con un velo. Iguales precauciones guardábanse para la harina, lavando con sumo esmero el cedazo antes de cernerla; y las restantes operaciones corrian á cargo de tres sacerdotes ó tres diáconos asistidos de un hermano converso, quienes despues del rezo de Maitines se lavaban rostro y manos, y mientras los unos, revestidos de albas, amasaban la pasta en agua fria para que saliera mas blanca, los otros cocian las hostias en el horno, que estaba alimentado por leña seca escogida tambien *ex profeso*. Tal era el hondo respeto y la veneracion que aquellos buenos Padres profesaban á la sagrada Eucaristía.

Respecto á sus ejercicios ordinarios, el silencio era una de las cosas que mas estrechamente guardaban, así de dia como de noche, y antes se hubieran dejado matar que quebrantarle hasta haber dado la hora de Prima. Mientras trabajaban rezaban salmos. Desde el 13

de setiembre hasta la Pascua no hacian mas que una comida, y los relieves del pan y del vino que se servia en el refectorio eran distribuidos á los pobres peregrinos. Amen de esto, mantenian cotidianamente diez y ocho pobres, y durante la Cuaresma ejercian la limosna con tan santa profusion, que desde su principio, en un solo año, repartieron fiambres y otros comestibles á mas de siete mil por-dioseros.

Otra de las tareas de estos santos religiosos era la enseñanza de niños, á los cuales daban una educacion y asistencia mas esmeradas que los reyes en palacio á sus hijos.

La puntual disciplina observada en Cluny, el gran número de sus religiosos, y la piedad y devocion de que se sentian poseidos cuantos al monasterio llegaban, hicieron celeberrima esta casa, hasta el punto de solicitar hijos de ella la Francia, la Alemania, la Inglaterra, la Italia y la España, llegando á ser conocidos en toda Europa, y hasta los hubo en Oriente. Así empezó la gran reforma de la Orden monástica, cuya gloria debe atribuirse á los Benedictinos, pues los Cluniacenses eran hijos de san Benito<sup>1</sup>, y Cluny fué la primera rama de esta Orden tan celebrada.

#### *Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de que viniéseis en ayuda de vuestra Iglesia, oponiendo grandes Santos á los escándalos que la contristaban.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tendré vehemente recelo de dar malos ejemplos.*

<sup>1</sup> Véase Helyot, t. V, pág. 184.